

„Mi asilo, mi salud y mi consuelo.
 „i Oh grandeza inefable! ¡ó Dios piadoso!
 „i Dios de misericordia! ¡ser inmenso!
 „i Oh hermosura! ¡ó belleza siempre nueva!
 „i Qué tarde supe amarte, loco y necio!
 „i Belleza siempre antigua, te amé tarde (27)!
 „i Pero ya por amarte desfallezco!

CANTO IV.

Si es posible, elevemos nuestro canto
 A la mas alta y encumbrada esfera,
 Comencemos en tono mas sublime
 A cantar del Eterno las grandezas.
 Osemos ya tratar de sus designios:
 Digamos las verdades mas secretas:
 Verdades á los ojos de la carne
 Ocultas entre sombras y tinieblas.
 Juicios eternos, leyes soberanas (1),
 Inapeable consejo, que en la extensa
 Duracion de los tiempos, en sí mismo
 Ve los que han de tener corona ó premio.
 ¡Qué cosa es pues delante de sus ojos
 De siglos mil la duracion inmensa,
 Sino la ejecucion de sus designios,
 Do nuestra voluntad le es manifiesta?

Verdades tenebrosas y escondidas,
 ¡Acaso podrá el hombre comprenderlas (2)?
 ¡Oh Dios espantoso! ¡qué es el hombre,
 Sino polvo y ceniza á tu presencia?
 A él no le diste examinar tus leyes:
 Obediencia le exiges pronta y ciega:
 Eres tú la verdad, y debe creerte
 A tus piés humillando su soberbia.
 Yo te adoro, mi Dios, en el silencio,
 Y tus palabras creo sin comprenderlas:
 ¡O mortales, temblad al escucharlas!
 Este es ya de mi canto la materia (3).

Solo Dios, que es Autor de nuestra vida,
 Por su bondad inmensa nos conserva.
 Y él solo á nuestras almas ignorantes
 Les hace aparecer la luz mas bella.
 Por él los corazones frios y helados
 Se inflaman en amor y el bien desean:
 ¡O mortal! á tu Dios lo debes todo
 Sin que él glorioso á tí nada te deba.
 Todos los bienes tienes de su mano,
 Sean para el cuerpo, ó para el alma sean,
 Y no puedes tener algun derecho
 Para que con justicia los pretendas.
 Del libro de la vida sin agravio
 Nos pudiera borrar si lo quisiera;
 Hijos ingratos, víctimas del fuego (4),
 Con nacer rechazamos su clemencia.

Desde Adán su venganza provocara,
 Las llamas eternas nos esperan:
 Bajo él, bajo sus hijos, este abismo
 Abrió su mano de malicia llena (5).

Si el ángel noble por igual delito
 Fué condenado á perdurables penas;
 ¿Por qué el hombre que es barro y cieno inmundo
 Exento quedará de padecerlas (6)?

Ambos contra su Dios se rebelaron;
 Sobre ambos debe caer igual sentencia:
 De sí no obstante al ángel Dios aparta,
 Y sin darle esperanzas lo condena.

Al contrario, del hombre, dos porciones
 Hace, á unos elige, á otros desecha (7):
 A estos hace justicia, á aquellos gracia:
 ¿Cabe en esta conducta alguna queja?

Hijos de perdición, culpables todos,
 ¿Quién de derecho su perdón espera?
 Escoge los que quiere, y del conjunto
 Separa por bondad la raza electa.

A este número corto en que se agrada,
 Liberal le prodiga sus riquezas:
 Este número amado y escogido
 A su Hijo le destina por herencia.

Sí, Jesucristo á precio de su sangre (8),
 Es de ellos gefe, príncipe y cabeza:
 Su alma misma por gracia es escogida:
 A ser primero el mérito le eleva.

El habla con los suyos—*¡O rebaño (9)!*

*Corto y pobre rebaño, nada temas;
 Descansa de la paz en las delicias,
 Pues que yo amo y conozco mis ovejas.*

*Mi Padre me ha entregado este rebaño,
 Y yo soy su pastor y su defensa:
 Yo respondo, yo cuido de su vida;
 Y del cruel lobo no serán la presa.*

La elección del Señor así divide
 A los hijos de Adán, sin que intervenga
 La menor injusticia: ante sus ojos
 Dos distintas porciones se presentan.

Unos vasos de honor, predestinados (10),
 Hijos que heredan todas sus promesas:
 Otros prescitos, vasos de ignominia,
 Que á las eternas llamas se reservan.

Quede humillada la razón del hombre (11):
 No con su Dios á disputar se atreva:
 A los que quiere justos, da su gracia,
 Y á los malos permite que se pierdan.

¿Podrás acaso tú, polvo y ceniza,
 Fijar los ojos en su luz excelsa?
 ¿O acusar de injusticia los decretos
 Con que sabio el Señor todo lo arregla?

A una sola mirada de sus ojos
 Toda grandeza se estremece y tiembla:
 Al fulgor de su vista soberana
 Se anubla el esplendor de las estrellas.

El querubin alado ante aquel trono
Do cubierto de gloria, Dios se ostenta,
Temeroso se cubre con sus alas,
Y postrado en silencio le venera.

Atrevidos mortales, polvo vano,
Entrad en vuestra nada, que Dios vuela
Sobre los raudos vientos, y el empireo
Es el trono radiante en que se sienta.

El aprisiona el mar, y hace á las olas
Estrellarse obedientes en la arena:
El levanta á las nubes como polvo:
A su querer el rayo se sujeta.

Suspende el sol, extiende las campiñas:
Los altos montes á su voz se elevan:
En el breve recinto de su mano
Toda la mole de este mundo encierra.

Es el globo á sus ojos como el grano
Con que se inclina la balanza apenas:
Todo tiembla al aliento de su boca;
Corren las aguas, y la mar se seca.

Nuestros votos é inciensos son debidos
A su poder inmenso como ofrendas;
Pero estos homenages aunque justos,
¡Añaden algun prez á su grandeza?

El es fin de sí mismo, y en sus obras
Se ama á sí propio, y es principio de ellas;
De nada necesita, y cuanto existe
Es á sus ojos cual si no existiera (12).

Ilustra, ciega, mueve, y endurece:

Castiga, absuelve, retribuye y pena:
Si se cansa de mí, perezco y caigo;
Pero si me ama, mi salud es cierta.

El manda lo que quiere, y las razones
Su santa voluntad se las reserva (13);
¡Y quién soy yo para atreverme, insano,
A poner en exámen lo que ordena?

Hijo de culpa, esclavo del pecado,
¡Murmuraré la suerte que me espera?
El vaso que es de barro no pregunta
Por qué se le formo de esta materia (14).

Lava á este niño el agua del bautismo,
Y en su muerte los cielos se recrean (15);
Muere el otro infeliz sin ser lavado,
Y las puertas eternas se le cierran.

Ama Dios á Jacob ántes que nazca,
Y en igual circunstancia á Esaú desecha:
Y ¡por qué siendo hermanos uno y otro
Les señala una suerte tan diversa?

¡Oh secretos profundos! ¡Oh misterios
De la sabia y eterna Providencia!
Yo enmudezco, Señor, y silenciosa
Te adora mi razon de espanto llena (16).

Este Dios, misterioso en sus designios,
Y sabio al mismo tiempo, en la serena
Mansion de su reposo, el orbe rige,
Y á su placer y voluntad lo altera.

¡Ay, cuántos escogidos á quien daba

Ricos dones, y gracias con largueza,
Su amparo les retira, y desfallecen
Sin luces, sin auxilios y sin fuerzas!

En este oscuro mundo, cuando él quiere
A la luz de la fe siguen tinieblas;
Y á tinieblas espesas y horrorosas
Suele á veces seguir la luz mas bella (17).

¡Ay de mí! ¡Qué de pueblos y naciones
Yacen sumidos en brutal ceguera;
Y en la sombra sentados de la muerte
Su luz el sol de fe no les refleja!

¡O dichosos nosotros! mas temblemos
No nos toque una suerte mas funesta.
¡Qué de veces la antorcha de la gracia,
Se esconde á los ingratos, ó los ciega (18)!

Ved en sangre de mártires bañada
Antes de Oriente la felice tierra,
Y despues ¡qué torrente de ilusiones
La inundan, la corrompen y la infestan!

A Inglaterra mirad, ántes dichosa,
Hoy del error y del engaño presa:
Antes madre de santos, rica en luces,
Ora asiento de errores y tinieblas (19).

De estos tristes reinos la desgracia
A prevenir la nuestra nos enseña.
El castigo de Dios, en todas partes
A vivir con temor nos amonesta.

En el Norte se enciende la heregía
Y de humo sube al cielo nube densa,

Aquí reina Lutero, allí Calvino;
Todo es horrores, sombras y tinieblas.

Donde brilla la fe, de la ignorancia
Negra supersticion tal vez se engendra,
Que para hacer ocultos sus engaños,
Toma de la virtud las apariencias.

¡Cuánta plácida luz vierdes en Francia,
O verdad, siempre pura y siempre nueva!
Este es ora tu pueblo muy amado:
En él tu lustre y tu poder ostentas (20).

Mas ¡ay! las culpas llenan la medida,
E irritandó del cielo la paciencia (21),
El golpe nos preparan: tal anuncio
Plegue á Dios que cumplido no se vea.

Mas el contagio de funestos vicios,
Que nuestros corazones agangrenan,
Nos habrá de quitar la fe sencilla,
Despues de haber perdido la inocencia.

Ya pretendemos penetrarlo todo;
Y el sumo Bienhechor cuya clemencia
Previene nuestros ruegos mas humildes,
Se retira, y se niega á la soberbia (22).

El cubre sus arcanos á los sabios,
Y entre nubes se esconde á su prudencia,
Al paso que secretos insondables
A los pobres y humildes les revela.

¡Oh preciosa humildad, y cuánto alcanzas!

Despreciando del mundo vanas ciencias ;
El temor del Señor es tu tesoro ,
En él se halla tu luz y tu riqueza !

Convierte á Constantino una palabra
Que á Marco Aurelio convertir pudiera ;
Pero á aquel se le da con abundancia
Lo que á este gran filósofo se niega (23).

A tí, Caton, que la virtud buscabas ;
Te ciega siempre del error la venda (24) ;
Pero no es esto todo lo terrible :
¡ O secretos de la alta Providencia !

Dios antevé los pasos de los hombres ;
Y aun sabiendo la dura resistencia
Del corazón que no ha de responderle,
Llama contino, y de tocar no cesa.
¡ Alma ingrata ! numera los favores
Que su piedad benigna te dispensa (25) ;
Tus delitos harán mas criminales
Esos mismos auxilios que desprecias.

Jerusalen se niega á recibirlo :
La amada Sion le arroja de sus puertas :
Cuando Tiro y Sidón con estas gracias
Hubieran hecho amarga penitencia.

Es verdad que llegando el día terrible
En que suene del juicio la trompeta,
No será tan severa y espantosa
De Sidón y de Tiro la sentencia.

Mas terrible sin duda es el castigo

Del siervo que á su Dios se le rebela,
Que el de aquel que ignorando sus mandatos
Solamente le ofende por miseria.

Al Señor, que es celoso de sus bienes,
Hemos de dar la cuenta mas estrecha ;
Pero ¿ podrá llamarse tolerable
De Tiro y de Sidon la suerte adversa ?

Temblemos hasta el fin, que el jornalero
Si trabajando fiel no persevera,
No recibe el salario ; y el que corre
Hasta el último instante no se premia.

Tocando ya en el puerto, es cosa fácil
Estrellarse la nave en duras peñas ;
Y perderse tambien en un instante
Tesoros de virtudes y riquezas.

Al penitente austero, al solitario
Vestido de silicio en una cueva,
Hace perder la gracia un pensamiento,
Un repentino orgullo, una torpeza.

Tal vez al mismo tiempo atormentado
Con el grito y clamor de la conciencia,
Un malvado, en el vicio envejecido,
El laurel arrebatá que el otro deja :

Y á la viña llamado á la última hora (26),
El denario recibe ; ¡ Oh Providencia !
Sobreabunda la gracia muchas veces
Donde abundó la culpa torpe y fea.

Al contrario aquel otro, ántes virtuoso,

Harto de libertad, á las cadenas
Vuelve insensato, y para siempre se hunde
En prision mas obscura y mas estrecha.

Solo el último golpe alcanza el triunfo,
Y solo él hace la victoria cierta:
La brillante corona prometida
En el fin de la vida nos espera (27).

Defensor de la Iglesia allá en su cuna,
Honra del Africa en virtud y ciencia,
El severo, el ilustre Tertuliano
En el error termina su carrera (28).

¡Qué pesar tan sin fruto á los ingratos
Cuando Dios los excluya de su cena!
¡Qué espantosa sorpresa al ver sus sillas
Que paganos é infieles las posean!

Terror de los Arrianos el grande Osio (29),
El oráculo, el padre de Nisea,
Vivió mas de cien años, y era antorcha
Que sobre el candelero estaba puesta.

Ya la próxima muerte iba á premiarlo
Cuando un largo destierro lo exaspera;
Y esforzando su mano casi helada,
Suscribe de Sirmich á la blasfemia.

A vivir de nosotros desconfiados
La caída de estos bombres nos enseña;
Y que una vida larga, aunque inocente,
Puede ser en su término funesta.

Redoblemos la fuerza y el trabajo,
Que la lóbrega noche ya se acerca;

No busquemos el sueño y el descanso,
Que la luz se retira y ya se ausenta.

Un discurso mil veces repetido
Me opone el temerario: *¿Qué aprovecha* (30)
Correr con diligencia, cuando el cielo
Tiene ya pronunciada la sentencia?

¿Para qué pues á inútiles trabajos
Razonador fanático me empeñas?
Si en el libro feliz estoy escrito,
Yo seré salvo, viva como quiera.

¡Pensamiento funesto y detestable!
¡Infeliz, extraviada consecuencia!
Tú mismo te has juzgado de antemano,
Y el eterno suplicio te decretas.

A la dicha perpetua Dios te llama,
Y tú le cierras del perdón las puertas (31).
¡Oh insensato! Responde, ¿este discurso
En tus demas asuntos te gobierna?

Sin duda de tu muerte Dios señala
El momento infeliz; él solo cuenta
Las horas de tu vida, y no es posible
Que el número que él fija tú lo excedas (32).

¡Por qué pides al médico socorros
Cuando tu débil máquina se enferma?
De su arte y sus cuidados ¿qué remedio
Llegada la hora tu salud espera?

Por amor de la vida, aunque dudosos,

Estos auxilios sin embargo aprecias;
 ¿Cómo pues en tratándose del cielo
 A correr diligente no te esfuerzas (33)?

Si quereis que se te abra, el Señor dice,
 Doble tus llamamientos á la puerta (34);
 Ruega, suplica, clama con instancia
 Si quieres alcanzar lo que deseas.

Yo ignoro como todos mi destino (35);
 Mas para disipar estas tinieblas,
 ¿Viviré como réprobo en deleites
 Firmando con mi mano la sentencia?

Para morir, la muerte de los santos,
 Vivir como los santos es la senda;
 Me creo escogido, trato de imitarlos
 Haciendo mi dudosa suerte cierta.

Yo me esfuerzo, yo corro; mas no en vano (36)
 En estas prevenciones Dios me empeña;
 ¿Y era justo empeñarme á tal trabajo
 Si el fruto concederme no quisiera?

Dios es mi Padre amante, y me asegura
 Que me quiere dichoso; sus promesas
 Desvanecen las dudas y temores,
 Me afirman en la paz y me sosiegan.
 Veo como prendas de mi eterna gloria
 Los bienes que su mano me dispensa,
 Y léjos de inquietarme mi destino,
 Mi corazón tranquilo en él espera.

¿Qué! ¿me habrán de servir estos favores
 Para inspirarme dudas y sospechas?

En sus manos mi suerte toda pongo,
 Que yo tengo en su amor confianza ciega.

El no quiere que mueran los impíos (37);
 Hasta el postrer momento los espera:
 Y aun los mismos que irritan sus venganzas
 Son llamados también á penitencia.

Nace el sol á los buenos y á los malos;
 A unos y otros sus dones les dispensa;
 Castiga á su pesar, y en el azote
 Siempre temple el rigor con la clemencia.

Quiere á todos salvarnos como Padre:
 A todos nos promete gloria eterna:
 Para esto muere el Hijo bien amado
 Bañando con su sangre nuestra tierra (38).

De sí solo se queje el que perece,
 Que Dios á todos la salud franquea (39).
 ¿O Israel infeliz y desgraciado!
 Tú eres solo el autor de tu miseria!

¿De Dios temes los juicios formidables,
 Y el momento oportuno no aprovechas?
 A las puertas te llama con instancia,
 ¿Y obstinado en el mal, tú se las cierras?

¿Cuántas veces deseoso de esforzarte
 Ha añadido á sus gracias gracias nuevas?
 ¿Pero qué es lo que no hace tan buen Padre?
 ¿Su amor omite acaso diligencia?

Como el ave recoge á sus polluelos
 Los abraza amorosa y los calienta,
 Tal así sus entrañas paternales

A todos en su seno nos congregan.

Si turba alguna vez nuestros contentos,

Su mismo amor con esto manifiesta:

El quiere del deleite vergonzoso,

Y del mundo arrancarnos con violencia.

Desprecias sin embargo con orgullo

Esos rigores que el amor emplea,

Y hecho del mundo esclavo miserable

No le tomas sabor á la inocencia.

¿Pero cómo, replicas, si es mi padre,

Observa una conducta tan severa (40)?

Si él es solo el que salva y quiere hacerlo,

¿Por qué hay tantos ingratos que se pierdan?

¿Por qué los escogidos son tan pocos (41)?

Entre tantos llamados que asemejan

A las pocas espigas que se escapan

De la mano eficaz que las cosecha?

Efectos de rigor y de justicia

El mundo en todas partes nos presenta:

¿Adónde está el cariño y la ternura

De un amoroso Padre? . . . Cesa . . . cesa.

Unamos nuestra fe, y en sentimientos

Como vosotros tiembra mi flaqueza (42).

Esperad como yo, que la esperanza

Suaviza los temores y los templa.

El es Dios y el es Padre al mismo tiempo:

Como Dios es forzoso que le tema:

Como Padre amoroso humilde le amo,

Y su ternura mi confianza alienta (43).

Con todo el corazón, con toda el alma

Mi entendimiento humillo en su presencia;

Trato de obedecer lo que me manda,

Y las verdades creo que me revela.

A mi razón contengo en sus discursos,

Pues la ciega de Dios la luz excelsa

Yo me entrego á la fe, que no es posible

Extraviarse siguiendo aquesta senda.

Es la Gracia un misterio inescrutable,

Y nunca puede el hombre comprenderla;

Habla el Dios infalible, y esto basta

Para poner silencio á nuestra lengua.

Cuando rasgar pensamos atrevidos

El velo misterioso y las tinieblas

Que oculta á los humanos sus secretos,

Confundida se ve nuestra soberbia.

Oprímenos su gloria, y deslumbrados

Sus luces nos agobian y nos ciegan:

El es Dios escondido: ¡ay! temamos

Desmerecer audaces su clemencia.

Pero ¡oh Dios de bondad! ¡santo! ¡admirable!

Este humilde temor que el fiel desea,

No es obra suya, y puede solo darlo

El poder inefable de tu diestra.

Enséñanos á amarte y á temerte:

De nuestras almas para siempre aleja

El espíritu inquieto y temerario,

Que tus arcanos penetrar intenta.

Apiádate, Señor, de los rebeldes (44):

Con todo
Ablanda de sus pechos la dureza :
A los fieles socorre y fortalece,
No sea que de cansados desfallezcan.
Derrama sobre todos los auxilios
Que tienes prometidos á la Iglesia ;
Y concede por fin tu santa Gracia
A los mismos, Señor, que la desprecian.

NOTAS AL CANTO I.

(1) „El hombre, dice Mr. Bossuet en sus *Elevaciones*, el hombre nacido para mandar, ejercia su imperio sobre los animales, sobre su cuerpo, sobre sus sentidos interiores y exteriores, y sobre su misma imaginacion. Era tal el poder del alma criada á semejanza de Dios, que todo le tributaba su mision y respeto.”

(2) Añade Bossuet.—„¿Dónde está el imperio que ejercia el hombre sobre los animales? No queda de él mas que un corto resto, débil memoria de nuestro antiguo poder, y reliquias infelices de nuestra perdida felicidad.”

(3) Para entender bien la diferencia de estos dos estados que admite San Agustin, conviene leer á Mr. Bossuet, el cual en sus *Elevaciones*, al explicar cómo los ángeles han podido perseverar sin menoscabo del libre albedrío, dice así:—„Su voluntad perfectamente regularizada, produjo por sí sola una buena eleccion; y esta eleccion ayudada de la Gracia aunque no determinada por ella, nacia espontáneamente como de sí misma por su propia y privativa determinacion.” Tal es ese libre albedrío, todo santo y todo bueno.